

La Globalización Como Reto Para la Familia Franciscana

Hermann Schalück OFM.

Introducción

La «globalización», como muestra el debate entablado sobre ella en el mundo entero, es un asunto sumamente complejo, heterogéneo, pero muy dinámico y, en general, ambivalente. Despierta esperanzas, angustias y agresiones. ¿Se trata de un Molok o de un mito de salvación? ¿O, acaso, de ambas cosas a la vez? La globalización, sobre todo en el ámbito de la comunicación mediática y electrónica, es, evidentemente, fascinante para todos. Cambia nuestras percepciones y nuestras relaciones humanas. A mi modo de ver, frente a ella se plantea de inmediato una pregunta fundamental: ¿Con la interconexión global que está desarrollándose en el escenario de la historia de un mismo y único mundo hay sólo más espectadores o habrá también, en el futuro, más actores? ¿Cómo configurará la historia una participación más intensa? La globalización de los consorcios y mercados induce más bien a un pronóstico muy ambivalente. Según algunos, un gran esfuerzo sinérgico de las empresas transnacionales y la utilización eficaz de los limitados recursos existentes a disposición de la humanidad, ofrece la posibilidad, en gran parte gracias a la liberación del mer-

cado mundial, de lograr mayor bienestar para todos. Sin embargo, el desarrollo no acontece linealmente en esa dirección ni desaparece automáticamente la explotación abusiva de los recursos y de los elementos no renovables de la vida. Además, la globalización de la economía y de los mercados financieros no produce por sí misma un orden mundial justo. Emerge un «implacable» sistema de exclusión, de victoria del fuerte sobre el débil. El número de los pobres no disminuye. Y muchos pobres se vuelven más pobres de lo que eran.

En este complejo proceso de transformación están implicadas también las Iglesias, con su mandato de misión y de anuncio, de trabajo en común en favor del desarrollo y, en lo posible, de permanente colaboración para configurar el mundo y la creación desde sus propias reservas de valores, espiritualidades y teologías. La Familia Franciscana también está implicada en este proceso, tanto si se da cuenta como si no es consciente de ello. La pregunta que se plantea, difícil y palpante, pues afecta a la misma capacidad de futuro de las Iglesias, es: ¿Son las Iglesias sujeto o meramente objeto del proceso de globalización? ¿Lograrán colaborar creativa y significativamente en la edificación del nuevo tiempo que está naciendo o más bien sufrirán pasivamente los cambios que las amenazan en su esencia? Por tanto, la pregunta que hay que plantear también en este Congreso suena así: ¿Las Iglesias, las distintas espiritualidades, los componentes de la Familia Franciscana pueden ofrecer modelos de

una «globalización alternativa»? Por ejemplo, en línea con el acuerdo del VIII Encuentro Ecuménico Mundial de las Iglesias, en diciembre de 1998, en Harare, donde se dice: «La visión latente en la globalización compite con la visión cristiana de la ecumene, de la unidad de la humanidad y de toda la tierra habitada... La lógica de la globalización tiene que ser puesta en tela de juicio mediante un concepto alternativo de estructuración y de vida, a saber: la comunidad en la pluralidad. Los cristianos y las Iglesias están llamados a comprender el reto de la globalización como un asunto de fe, a oponer resistencia al creciente dominio de la globalización económica y cultural y a buscar formas alternativas al sistema económico actual».

«Globalización» Del Mensaje Bíblico

¿Puede encontrarse en el mensaje bíblico y en la tradición de la comunidad cristiana de fe (ekklesia) algo relativo al tema de la «globalización»? Creo que sí. Sobre todo en el Antiguo Testamento se manifiesta, esa es la impresión de conjunto, una especie de tensión, insoluble en el fondo y persistente incluso hasta el día de hoy en el estudio y en el debate, que U. Beck denomina «global-localización» (Glokalisierung). Existe, en efecto, en el A. T. una singular dialéctica entre los aspectos locales y los aspectos globales-universales del mensaje y de sus consecuencias para la configuración del mundo: como se sabe, el A. T. es una colección de escritos y de mensajes que presuponían, especialmente para nuestra men-

talidad, una conciencia racial y nacional muy fuerte. A los numerosos dioses tribales y locales y a sus santuarios se impone, no ciertamente sin «celos» (Cf. Éx 20, 5: «Porque yo, el Señor, tu Dios, soy un Dios celoso»; véase, igualmente, Éx 34, 14), la libre opción de Yahvé por su pueblo elegido, Israel (Cf. Éx 19, 4-6; Is 49, 7-23; Sal 50). La predilección y «elección» particular de un pueblo, tanto si se entiende como el pueblo de Israel o como el «nuevo pueblo» de la Iglesia de Jesucristo, va acompañada de una constante tendencia a la universalización del mensaje. La elección está en cierto modo al servicio de la universalización. «Todos los pueblos» verán al final de los tiempos la salvación (Is 2, 1-4).

En el Nuevo Testamento puede verse este paso más claramente aún. En el N. T., en efecto, se habla del envío de Jesús como salvador «exclusivo» de Israel y de las «ovejas perdidas de Israel» (Cf. Mt 15, 24); sin embargo, Jesús no excluye en principio a los no judíos de su acción salvífica (cf. Mt 8, 5-13). Siguiendo sin duda la tradición viva y la «globalización», por medio de Pablo se dan otros importantes «pasos de frontera», tanto doctrinales como geográficos: como muestran los debates del Concilio Apostólico y posteriores (Hech 15), el mensaje de Jesús, el Cristo resucitado, puede «contextualizarse», sin peligro de perder su esencia, en las nuevas circunstancias culturales y religiosas y en el horizonte de comprensión de los nuevos destinatarios, pertenecientes a otras culturas. En Pablo se da, además, respecto a la ley judía, una

«superación de fronteras», antropológica y ética, revolucionaria: mediante la justificación y el bautismo retroceden las antiguas diferencias y muros de separación: «Ya no hay distinción entre judíos y gentiles, esclavos y libres, hombres y mujeres, porque todos sois uno en Cristo Jesús» (Gál 3, 28-29). Pablo siente que se debe «a los griegos y a los bárbaros, a los sabios y a los ignorantes» (Rom 1, 14). Por último el Evangelio «pasa» y «corre» de los judíos a los «gentiles» (Gál 1, 15-16) y de Israel, a través de Asia Menor, a Europa (Hech 16, 9-10).

La historia de la Iglesia es una historia de continuos intentos de contextualización, profundización y universalización de su mensaje. También, ciertamente, una historia en la que existe continuamente la vieja y «regresiva» tentación de identificarse «de manera exclusiva» con realidades locales y políticas capaces de oscurecer el sentido del mensaje (cruzadas, distintas formas de Iglesia estatal, inquisición, misión entendida como hermana gemela de la colonización). No siempre se comunicó ni se comunica el elemento profético constitutivo del mensaje bíblico, que anuncia la conversión de las relaciones de fuerza y de posesión, para que estén al servicio de los que carecen de poder y de medios, así como la conversión de los privilegios en deber de servir. Los mayores deben hacerse servidores (Mt 23, 11), los discípulos deben lavarse los pies unos a otros (Jn 13, 14). La identificación con el Dios uno no conduce a la posesión privilegiada de la tierra, la verdad y la fuerza, sino al reconocimiento de

la interdependencia solidaria y a relaciones fraternas en el seno de una misma familia humana, dependiente del Dios uno.

La Iglesia Como «Agente Globalizador» Constantes Teológicas

Si las Iglesias, la teología y la Familia Franciscana quieren influir en el difuso y amplio proceso de la globalización y configurarlo desde dentro, en calidad de agentes, hay que resaltar algunas constantes teológicas fundamentales.

En primer lugar, la religión cristiana y, sobre todo, la Iglesia católica poseen, desde su fundación, una tendencia supranacional y universal. Es decir, la salvación no está limitada a un pueblo y a una cultura, sino que es ofrecida a todos los pueblos, razas y naciones sin distinción. Por eso, la buena «noticia» del amor de Dios a su mundo debe y tiene que ser globalizada y difundida al mundo entero. La identificación de la «Iglesia cristiana» con un pueblo, un estado o una cultura, al igual que el racismo y el nacionalismo -aunque todavía no hayan desaparecido totalmente de la Iglesia- son incompatibles con el Evangelio y con su mandato de someter el mundo habitado, en su unidad y diversidad, al Dios de Jesucristo. El Evangelio ofrece una visión conjunta y universal obligatoria del hombre (dignidad proveniente de ser imagen de Dios), de la igualdad de todos los hombres y de la complementariedad e igualdad de derechos entre el varón y la mujer.

En segundo lugar, la Iglesia es desde su origen -y esto podría ser un verdadero

ejemplo de globalización humana- universal (el mundo entero) y local a la vez. La buena noticia de un Dios que es la vida y promete el futuro, de la obligación de todos respecto a todos, en especial respecto a los pobres y a los menores, no vige sólo para los «lejanos» sino también para los «cercaños». La Iglesia no es sólo una gran organización; también es Iglesia local e Iglesia familiar (Cf. Mt 18, 20: «Donde están dos o tres reunidos...»).

En tercer lugar, la Iglesia y el Evangelio pueden y deben ofrecer dimensiones humanas y principios ético-morales al complicado debate actual sobre la globalización. Según el Evangelio, lo más importante para el desarrollo del mundo no consiste en el triunfo económico sino en la edificación de una familia humana fundada sobre valores y objetivos, una familia que puede vivir duraderamente en la paz y la justicia y en la que no viven unos a costa de los otros. La Iglesia y el Evangelio tienen que ofrecer al importante debate sobre la globalización los aspectos de la dignidad de toda persona, de la solidaridad, de la justicia y de la liberación de los pobres. La Iglesia cristiana se fundamenta sobre el principio de la coparticipación, no sobre la «implacable» autoafirmación e imposición del fuerte sobre el débil. La auténtica fuente de donde brota la fuerza de una nueva solidaridad universal reside en los mismos cristianos, es decir, en la conciencia de que el Espíritu del Señor crea vida y de que el seguimiento de Jesús abre los ojos y los corazones a la compasión, al acompaña-

miento, al amor y a la ayuda mutuos (Cf. Mt 5, 3-12).

Opción Por Los Pobres

En la actual situación global del mundo, la entera Iglesia de Jesús está obligada a lo que, siguiendo la expresión de la Asamblea General del Episcopado Latinoamericano (CELAM) en Medellín (1968) y Puebla (1979), se denomina «opción preferencial por los pobres». Esta opción no es sólo parte de un «programa de acción» pastoral sino, ante todo, un aspecto esencial de la comprensión que la Iglesia tiene de sí misma. Sólo una Iglesia (y una Familia Franciscana) que viva la opción por los pobres en la comunicación universal con sus propios miembros, puede contribuir a una globalización digna del hombre. En la Iglesia de Jesucristo no debe tener cabida ninguna forma de globalización que excluya o impida la participación en la construcción del futuro. El proceder cristiano tiene que estar orientado en todas sus manifestaciones a «superar cualquier tipo de aislamiento y a que todos participen en la vida social» (Iglesia Evangélica de Alemania / Conferencia Episcopal Alemana, *Para un futuro en solidaridad y justicia*, 107). Con ocasión o sin ella, la Iglesia debe dar su voz a las víctimas de la globalización y defender sus intereses («ser su abogada»). Los cristianos deben, como ha afirmado Juan Pablo II, «hacer frente a la globalización del provecho y del sufrimiento con una globalización de la solidaridad». Esta es la idea básica y el objetivo permanente de las asociaciones de

ayuda eclesial como, por ejemplo, «Misión», MISEREOR y «Pan para el mundo», las cuales procuran hacer oír la voz de la Iglesia y del Evangelio en el debate público a fin de defender los derechos humanos. Al mismo tiempo, hay que tener siempre presente que lo que es constitutivo de la Iglesia en su conjunto -como la opción por los marginados - no puede quedar «delegado» en algunos de sus actores. La solidaridad, según una definición de Juan Pablo II en la encíclica *Sollicitudo rei socialis*, «no es un sentimiento superficial por los males de tantas personas, cercanas o lejanas. Al contrario, es la determinación firme y perseverante de empeñarse por el bien común; es decir, por el bien de todos y cada uno, para que todos seamos verdaderamente responsables de todos» (n. 38f). Por tanto, la solidaridad es mucho más que un sentimiento o que una acción aislada. Es la voluntad y la capacidad inteligente de organizar la acción al servicio del bien común, con la disponibilidad para transformaciones sociales a largo plazo, de manera que se puedan tratar no sólo los síntomas sino también las causas de las situaciones de necesidad y de injusticia. Solidaridad es tomar partido por los más débiles y por los marginados. Y ha de contar con que exista, como reacción contraria, presión en favor del conformismo. Los hombres que quieren vivir solidariamente han de estar dispuestos a afrontar conflictos, que pueden venir tanto de dentro como de fuera. Y la finalidad auténtica de la acción solidaria no es dar limosna, sino edificar, para todos, estructuras y marcos de vida justos. Su fin

ha de ser fortalecer a los débiles y marginados, «habilitarles», ayudarles a ser sujetos de su propia historia y a superar las dependencias económicas, culturales e incluso teológicas existentes. No menos importante es, así mismo, la tarea de edificar una sociedad civil internacional con mayor participación, democracia e igualdad de derechos. Dada su misión fundamental de liberar y «habilitar» a los pobres, las Iglesias y las Órdenes pueden contribuir a todo ello más de lo que han contribuido hasta ahora. Se trata de la colaboración mutua («de la ayuda al trabajo común»), de la introducción de cambios estructurales duraderos al servicio de los pobres (por ejemplo, cancelación de la deuda, una política económica justa), de una acción orientada a los pobres (no al fortalecimiento de las elites, sino a la capacitación de los pobres para la participación), del fortalecimiento de las familias, de la promoción de la mujer como auténtica portadora y agente de desarrollo, del empeño por mantener un medio ambiente capaz de vida. Me pregunto si hemos asumido con bastante claridad estos desafíos en nuestra espiritualidad franciscana. O, dicho de otro modo, si colocamos nuestra espiritualidad franciscana suficientemente en relación con estos y con otros retos semejantes de nuestro mundo global.

Unidad Y Diversidad

Para responder a la pregunta sobre qué lugar y qué fuerza de estructuración y configuración tendrá la Iglesia de Cristo en la aldea global, tiene mucha importancia el

modo de plantear y de responder la pregunta relativa a las relaciones entre unidad y diversidad. La Iglesia católica en especial, sobre todo desde el Concilio Vaticano II, se encuentra ante un cambio radical, en parte doloroso, de un modelo fuertemente concéntrico y jerárquico a una participación múltiple y a una mayor variedad en la permanente y necesaria unidad. No pueden analizarse aquí uno por uno los numerosos aspectos teológicos, filosóficos y político-eclesiales necesarios para fijar esta relación unidad-diversidad. Pero es muy importante, tanto para la capacidad de vida de la Iglesia católica como para cada una de las Iglesias que constituyen la ecumene universal, que en la eclesiología se logre una nueva coordinación **teórica y práctica** entre la «Iglesia local» y la «Iglesia universal». Sobre todo a la Iglesia católica se la sigue comparando a veces con un consorcio multinacional dirigido centralistamente y que distribuye sus «productos de unidad» a lo largo del mundo entero sin que su planificación preste demasiada atención a las diferencias culturales y de otro tipo existentes en el mundo. En realidad, en los últimos decenios se ha tenido más en cuenta la independencia de las Iglesias particulares, la «contextualización» de sus teologías, de su forma de vivir, de pensar y de actuar. La lengua latina y la liturgia latina fueron en otro tiempo expresión de una Iglesia una y universal, pero también signo de una Iglesia en la que la unidad apenas admitía la diversidad. Hoy en día se trata de que las Iglesias locales, sin perder su referente «global», sean independientes, adultas, cromáticas, políglotas. Las Iglesias locales y las co-

munidades están llamadas a no aislarse sino a participar en la misión universal común. El Señor llama a la Iglesia a ser una casa en la que todos los seres humanos de todos los continentes, razas y culturas puedan encontrar un lugar habitable y en paz y donde todos gocen de los mismos derechos. El desarrollo, en concreto el desarrollo en el seno de la Iglesia, exige progresar en los principios de la subsidiariedad, que protege del centralismo burocrático a las personas concretas y a la «capa inferior» y las estimula a tomar iniciativas y a participar. El principio de subsidiariedad, aunque tiene un lugar claro en la doctrina social católica, a mi modo de ver no ha sido puesto todavía suficientemente en práctica en el seno de la misma Iglesia. Si se aplicara consecuentemente el principio de subsidiariedad proclamado por el mismo «centro» de la Iglesia, se superarían muchas tensiones existentes en la formación de teologías «contextuales» independientes; una relación dialógica-comunicativa del «centro» con éstas sería una importante contribución a la configuración de una globalización digna del hombre a partir de impulsos acordes con el Evangelio.

Una Actuación Solidaria Y Eficaz

«En la situación actual -afirma K. Jasper- en la que comprobamos una escasez de solidaridad, en la que los intereses personales -y con frecuencia egoístas- y los intereses regionales y nacionales empujan tan peligrosamente..., la Iglesia tiene ante todo una función profética. Ha de asumir el incómodo papel de exhortar y de evidenciar y romper, con una crítica libe-

radora, el espejismo de una falsa conciencia y del juego de intereses. Para ello ha de abrir una brecha en favor de los marginados, que no pueden gozar del sol de la vida ni ofrecerse a sí mismos a la solidaridad general (y éstos son actualmente no sólo grupos aislados o pequeños, sino pueblos y continentes enteros) y asumir la defensa de los pobres y de los últimos» (*Kirchliche Entwicklungsarbeit*, 799).

Los miembros de las distintas religiones están llamados hoy en día a trabajar juntos por un mundo justo y en paz. Y, para ello, la concordancia en el actuar no tiene que depender necesariamente de la concordancia en la enseñanza y en la fe. El diálogo de la acción encierra la profunda convicción de que las situaciones de necesidad y de peligro común revelan una base para actuar juntos. Un ejemplo típico de este diálogo lo ofrece, a mi parecer, el Evangelio en la figura del llamado «buen samaritano» (Lc 15). El samaritano era para los creyentes «ortodoxos», para los judíos fieles, un infiel con el que no había que relacionarse. Pues bien, justamente este hombre muestra que las diferencias culturales y religiosas no deben ser una barrera cuando los hombres caen en manos de los ladrones. El samaritano actúa con rapidez, sin prejuicios y «de manera eficaz», atendiendo al enfermo no sólo momentáneamente, sino internándolo y entregando una cantidad que permite que siga siendo atendido hasta su plena curación. Hoy en día está en juego la supervivencia de la entera humanidad, de la paz y de la integridad de la creación. «El tiempo urge» (C. F. von Weizsäcker, 1986).

En conjunto la «globalización» de los derechos humanos es también una tarea de futuro en cuya realización las Iglesias cristianas pueden demostrar su propia capacidad de futuro. En primer lugar el derecho fundamental de todos - sin diferencia de raza, sexo, estado o religión- a una vida humana digna y sin pobreza, a la libertad, al libre desarrollo de la propia vida, al trabajo, a la libertad de movimiento y a la libre práctica de la religión, derechos que, como sabemos, todavía no son aceptados o respetados en todas partes. El debate sobre la universalidad de los derechos humanos, es decir, sobre su carácter obligatorio para todos en todas las culturas y en todos los tiempos, ha abierto entre tanto nuevos caminos. Así, por ejemplo, el debate iniciado principalmente por H. Küng sobre «un etos universal» alimentado por todas las grandes tradiciones religiosas y del que todas ellas serían responsables conjuntamente, ha mostrado una posibilidad de ver lo positivo de la globalización o la globalización, que se desarrolla sin cesar y se vuelve cada vez más complicada, no como un sino ciego y fatal sino como algo capaz de ser modelado desde dentro. «Un etos mundial no puede ofrecer automáticamente recetas a los inmensos problemas con que se enfrenta la humanidad. Más bien es algo así como el depósito moral del que los hombres sacan energías para liberarse individual y colectivamente de las fuerzas que los oprimen. Este etos ofrece una visión libre de la vida en común y en paz y de la responsabilidad común, que supera la división potencial

en preguntas sobre política, raza, pertenencia a un pueblo, sexo o religión» (J. Somavia, en: H. Küng, *Ja zum Weltethos*, München 1995, 81).

De este debate se derivan, entre otras, las siguientes propuestas para todos los miembros de la «aldea global»:

- * Obligación de evitar la violencia y de respetar la vida;
- * Obligación de solidaridad y de un justo orden económico para todos;
- * Obligación de ser tolerantes y de vivir en sinceridad;
- * Obligación de reconocer la igualdad entre varones y mujeres y de que unos y otras gocen de los mismos derechos.

Este contexto sería también el lugar para hablar detalladamente sobre el diálogo de las religiones como contribución a una estructuración y configuración positiva del mundo. Nos limitamos a subrayar que el diálogo entre las religiones es importante para conocerse mejor mutuamente y desterrar «imágenes negativas»; para enriquecerse unos a otros, por ejemplo mediante el intercambio de los signos y de las energías positivas de las distintas espiritualidades; para experimentar más auténtica y profundamente la propia religión en el contacto con las otras. Este diálogo deben ejercerlo las Iglesias cristianas como una auténtica colaboración a una globalización de nuestro mundo humana y capaz de crear futuro, como un camino para la evangelización universal de nuestro mundo.

Impulsos Para La Reflexión En La Familia Franciscana

Los distintos componentes de una misma familia están llamados a completarse unos a otros y a edificar juntos una nueva casa en la que haya muchas moradas: para los varones y para las mujeres, para los clérigos y para los laicos, para los contemplativos en la vida claustral y para los contemplativos en el corazón del mundo. La herencia franciscana-clariana debe extenderse sobre la tierra como un arco iris, debe expandirse sobre la creación entera y hablar del Dios de la vida, que ama al mundo y a los pobres. Si consideramos los retos y los problemas que brotan de las desigualdades e injusticias de nuestro orden mundial, la necesidad de liberación de los pobres, de reconciliación y de trabajo en favor de la paz, el ecumenismo y el diálogo con las otras grandes religiones del mundo, vemos que nuestro camino común todavía tiene muchas etapas por recorrer. Para poder cumplir el mandato que el Señor nos ha encomendado de verdad, hemos de aprender a pensar y a orar en el marco de horizontes nuevos y más amplios que los que hemos tenido hasta ahora, pues Dios nos habla hoy en día a través de los desafíos históricos de la globalización.

Sin embargo, muchos hermanos y hermanas están completamente ocupados con difíciles problemas locales y regionales, por ejemplo, con el mantenimiento (o cierre) de casas y de muros, incluso de Provincias y de tradiciones. ¿Cuánto tiempo y cuánta fuerza queda para los «vastos horizontes», la solidaridad, la co-

participación de recursos materiales y personales, para la creación -también- de **nuevas** tradiciones, para nuevos pasos en el camino de evangelización de las culturas, motivados por una mentalidad renovada? Nuestra situación se parece a menudo a la indicada en Lc 9, 60: Estamos ocupados en enterrar a nuestros muertos y no nos queda tiempo (o fuerzas) para anunciar el Reino de Dios. ¡Cuánta fantasía común creativa, cuánto aliento mutuo en la fe y en el seguimiento franciscano haría falta para comprender los signos de los tiempos, para encontrar respuestas nacidas del Evangelio, para proclamar el Evangelio hasta el confín de la tierra!

Deseo abogar en defensa de tener el valor de salir de estructuras llenas de costra y que ya no son portadoras de espíritu y vida. Y, a la vez, en contra de argumentaciones basadas sobre tradiciones teñidas en parte de regionalismo y de nacionalismo, en contra del «adueñarse» de convicciones que nos impiden ser una fraternidad verdaderamente internacional, itinerante, misionera, que no se gloria continuamente de palabra del carisma y de los ideales de san Francisco, sino que busca encarnarlo, con todos sus riesgos, en nuestro complicado mundo. Debemos ahondar y progresar en las raíces de la solidaridad franciscana, en la experiencia del Señor pobre y crucificado, en su promesa de nueva vida para todos. La fuente de la que emana la fuerza de una nueva solidaridad universal reside en nosotros mismos, en nuestra forma consecuente de seguimiento, es decir, en la certeza de fe de que el Espíritu del Señor está en medio nosotros,

de que crea vida y puede abrir nuestros ojos y nuestros corazones.

La familia franciscana puede prestar un servicio de solidaridad creíble en este mundo quebrantado y estructuralmente injusto solamente cuando realiza su Comunión, fundamentada en el Señor Jesucristo, como "Globalización alternativa". ¿Es realmente este nuestro caso? ¿Podría ser nuestro servicio a la Justicia creíble si nosotros no lo realizamos coordinados? En este aspecto me parece a mí muy doloroso y contraproducente cuando a las fraternidades franciscanas seculares (OFS), que deberían ser las principales portadoras del servicio a la paz, no se les otorga la respectiva autonomía y competencia, en este tema, sino se les considera siempre como parte de la llamada "Primera Orden". También sería enormemente productivo para el servicio a la Paz y la justicia la profundización de la comunión con nuestras hermanas de Santa Clara.

Yo sueño constantemente que un día, todos los miembros de nuestra única familia, sin diferencias, profesamos frente al Dios de la vida, a manera de un agregado a las promesas y Votos clásicos, un cuarto voto de comprometernos al servicio a la vida, a la paz, a la justicia, al combate de la pobreza, en la implementación de los derechos humanos, en la conservación de la Madre tierra y su biosfera. Una confesión de esta naturaleza podría iluminar nuestros votos clásicos y darle una mayor fuerza de expresión, como también darle una nueva profundidad a nuestros compromisos. Sería mucho mas

claro que el servicio tiene su fuente de energía en la contemplación y en el encuentro con el misterio del Dios vivo.

La verdadera solidaridad, que concuerda con el Evangelio y con el ejemplo de Jesús, viene pues de «dentro», pero se dirige «hacia afuera». Sigue el ejemplo de la «kénosis» de Jesús (Cf. Fil 2). No busca el propio bienestar, sino aumentar las posibilidades de vida y de futuro de todos los hombres y de toda la creación. No desea poseer, sino compartir. La solidaridad cristiana es, como la oración, un acto de fe en el Dios vivo, que es vida y quiere dar vida a todos. Es muy importante para la significación de nuestro proyecto de vida franciscana el que logremos dar testimonio juntos de la esperanza que hay en nosotros. No retóricamente, sino con obras convencidas de amor, de reconciliación, de liberación de los pobres. No en la propia familia, sino ante todo con los hombres de otras confesiones, religiones y culturas y de distinto color de piel. Creo que deben encontrarse nuevas formas de solidaridad mundial franciscano-clariana al servicio de los pobres. Y estas formas tendrán consistencia si brotan de fuentes profundas, es decir, de la certeza que el Señor nos llama a ello, del mismo modo que confrontó en otro tiempo al dubitativo y refractario Francisco con el leproso.

Nuestra Familia Franciscana es un entramado internacional. Podemos llevar a cabo visiones comunes y lograr metas comunes. ¿Cuál es la meta global, la prioridad (también franciscana) más importan-

te? En mi opinión, esta pregunta sólo puede responderse desde la Biblia. Se trata del mandato de buscar el Reino de Dios y su justicia, con la certeza de que, si lo hacemos, recibiremos «por añadidura» mucho más de lo que necesitamos y buscamos. Nuestra respuesta al reto del mundo secular y de las confusas y difundidas formas postmodernas de religiosidad, con frecuencia muy «interiorizadas» y esotéricas, no puede ser el encierro en un gueto de interioridad o en una espiritualidad intimista y desencarnada. Sería funesto oponer, como si fueran cosas contrarias, la «espiritualidad» y el «servicio al Reino de Dios y su justicia». El objetivo ha de ser una espiritualidad que busca con pasión la justicia en el mundo, en nombre de un Dios que se llama «vida» y «futuro».

Estamos llamados a vivir la espiritualidad franciscana, sobre todo el seguimiento de Jesús pobre, en el contexto social y político de nuestro mundo globalizado. La solidaridad visible y pública de la Familia Franciscana con los pobres de este mundo, con los hombres que han sido privados de sus derechos, con nuestra «madre tierra» y con toda la creación, a quienes se les ha robado la dignidad, es también seguimiento de Jesús pobre. Contra la lógica del mercado y de la fuerza y contra la filosofía de los «dinosaurios de la globalización», debemos oponer la lógica del amor, del respeto y de la compasión. Esto conlleva la estructuración y configuración del mundo, que ha sido entregado a todos conjuntamente, desde relaciones basadas en la misma

dignidad y, por tanto, en un respeto sin límites; estar dispuestos a escuchar y a aprender de los otros; el auténtico diálogo; la búsqueda común de soluciones. «No hay nadie tan pobre que no pueda dar nada, ni nadie tan rico que no pueda recibir algo» (Helder Câmara).

Para comprender los límites y las consecuencias negativas de una globalización puramente tecnológica y económica desde «el punto de vista de sus víctimas» y, a la vez, configurar de manera humana el mundo global, hace falta el compromiso personal y comunitario de los cristianos, pero también hace falta, sobre todo, una «alianza de solidaridad» que abarque no sólo a los cristianos. Las instituciones nacionales e internacionales empeñadas al

servicio de la sociedad universal, incluidas por ejemplo las Órdenes religiosas, las obras misionales y las organizaciones que trabajan en defensa de los derechos humanos, deben actuar unidas en una creciente e incesante interconexión ecuménica. En este ámbito tienen cada vez más importancia las organizaciones no gubernamentales, que pueden tejer una gran red de humanidad. Y como mejor y más creblemente manifestará la Familia Franciscano-Clariana la importancia y la vitalidad de su carisma será no mirándose demasiado a sí misma y a sus propias necesidades, sino viviendo la palabra que se dijo del Hermano Francisco: «No quería vivir sólo para él mismo, sino ser provechoso para los demás» («Non sibi soli vivere, sed aliis proficere»).

LITERATURA UTILIZADA

Robert J. Schreiter, The new Catholicity. Theology between the global and the local. –2nd printing – Maryknoll, N.Y.: Orbis Books, 1998.

P. Hünemann (Hrgs.), Das II. Vatikanum. Christlicher Glaube im Horizont globaler Modernisierung. Paderborn u. a. 1998.

Evangelische Kirche in Deutschland/Deutsche Kathol. Bischofskonferenz, Für eine Zukunft in Solidarität und Gerechtigkeit. Wort des Rates der EKD und der BDK zur wirtschaftlichen und sozialen Lage in Deutschland, Hannover-Bonn 1997.

W. Kasper, Kirchliche Entwicklungsarbeit im Zeichen universaler Solidarität, en: Stimmen der Zeit 12 (1996) 795-806.

M. Amaladoss (Hrgs.), Globalization and its victims. As seen by its victims. Delhi 1999.

Gemeinsame Konferenz Kirche und Entwicklung, Globalisierung der Solidarität. Erklärung der GKKE zum Weltwirtschaftsgipfel 1999 in Köln (editado por Deutsche Kommission Iustitia et Pax), Bonn 1999.

Urs Eigenmann, Das Reich Gottes und seine Gerechtigkeit für die Erde. Die andere Vision vom Leben. Luzern 1998.

Hermann Schalück, Llenar la tierra con el Evangelio de Cristo, Roma 1996.

Hermann Schalück, Religious Life on the threshold of the thirt millenium, en: Theology Digest (St. Louis/Missouri) 47/1, Spring 2000, 39-46.

Hermann Schalück, Quello che abbiamo veduto e udito noi lo annunciamo a Voi, en: Consacrazione e Servizio (Assemblea USMI 2000), Roma 2000, 25-42.

Hermann Schalück, A Missionary Vision for the Franciscan Family in the New Millenium, in: Jesus Christ Reconciler of Humankind with God and Creation (Lectures for the Year 2000), London (Franciscan Association of GB), 2000, pp. 51-71.

Hermann Schalück, Bleibt die Kirche im Dorf? Globalisierung als Herausforderung an das kirchliche Selbstverständnis, en: Jahrbuch für Christliche Sozialwissenschaften /Universität Münster 41 (2000) 147-159.